Otro lugar, otro tiempo

Otilia Martínez Vegazo

Otro lugar, otro tiempo

Otilia Martínez Vegazo

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
©Otilia Martínez Vegazo, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-90-1
THEMA: FV - FRH
DEPOSITO LEGAL: M-11767-2025

A mi madre.

«—Crees de verdad en los dioses? —le pregunté.

»—Creo en aquello que creo —respondió evasivamente-—, pero si de algo estoy seguro es de que, aunque hubiese arrojado cien cadenas al mar, no habríamos tenido viento de poniente si el mar no hubiese mostrado las señales de que lo tendríamos».

El Etrusco, Mika Waltari
La leyenda de los inmortales

CAPÍTULO I

Si una cámara se hubiese acercado a la escena para rodarla habría descubierto, tras la caída de borbotones de nieve recién acumulada, una mujer enterrada bajo un alud, a plena luz del día. No había cámara y la mujer soportaba el peso de gigantes cucharadas de cellisca encima de su cuerpo. En un lateral, el manto blanco no la había cubierto, dejando entrar el aire y la luz a la nariz y a la visión de los ojos. Luego, al moverse, el agujero se hacía mayor.

La mujer tenía frío, algo natural en medio de la nieve. La veía sin derretir y aquello no guardaba relación alguna con una cueva porque el sol entraba con impertinencia, reverberando, haciendo del blanco una túnica delante de sus pies, helados también. Le costaba moverse, flexionar cada músculo, devolver el abrazo que necesitaban para entrar en calor. Desde el interior sentía una protesta generalizada porque podía comunicarse con el crujido de las articulaciones, los huesos proscritos por un látigo invisible. Intentaba atesorar filtros de luz que resucitaran la sensación, el tacto, el roce, aunque ese roce significara la escarcha descarada contra su piel. No conseguía oler; su nariz se empeñaba en una búsqueda inútil de olores. El aire rebuscaba

su propio lugar, hurgando dentro, un aire desconocido porque tenía aristas capaces de cortar, troquelando la superficie de la piel, dejando un rastro rosa. La piel áspera la delataba.

Las manos temblaban, o acaso solo sus dedos, que no movían la nieve porque se habían mimetizado con ella. El sol ofendía, ufano, delante, sin que su salida envolviera porque el sol iluminaba un universo blanco al que sus ojos no tenían valor para enfrentar. Los cerró por un momento, sintiendo que su mirada sobrevivía, sus párpados se movían, sus pupilas veían en medio de aquel silencio blanco. Sus ojos no tenían frío.

El níveo mantillo de una montaña que dejaba crecer el matorral y los pinos empezaba a escocer como el picor de ortigas invisibles. Estaba viviendo las curvas de aquella montaña en un vello que no se erizaba, ni tan siquiera sabía si tenía el cuerpo tumbado o si estaba sentada, si el viento silbaba, si se atrevía a atravesarla o simplemente la rodeaba ignorándola.

Gotas de agua, una tras otra, sin que su silueta se distinguiera. Alguna nube dejaba caer algún agua, pero el sol no se apartaba. El lacrimal había reaccionado a la bravura de aquellos rayos empeñados que chocaban estrellándose contra una tapia de agua nevada, pero las lágrimas no dolían cuando habían descendido: se volvían oleosas, descubridoras, horadadoras de un diminuto agujero en aquel muro de nieve. La mueca, la primera mueca facial encajada en la máscara, hacía el intento de resquebrajar el peso. Espiraba, debía espirar vaho: allí se produciría el primer paso, junto a la

boca, porque no había cantizal capaz de apagarla, de forma que respiró, inhalando y exhalando hasta que las primeras gotas chorrearon hacia su garganta, sabiendo —en aquel primer trago— que apreciaría el beso del sol en cuanto su boca destrozara el aliento de la nieve.

Torneó la pelvis con maestría, en esa femenina indecencia que otorgaba la práctica, absolutamente decidida a sobrevivir en medio de aquel lago de plata. Al principio, lentamente, fue fijando sus lindes, sus curvas contra aquel mundo hostil. Con fuerza las piernas pateaban. La cabeza funcionaba como una quilla porque soportaba el resto del peso del cuerpo, lo inclinaba, lo movía, lo separaba de la fosa poco a poco. Seguía respirando, roía el aire sin miedo porque se acostumbraba a su presencia. Cayeron muchos trozos blancos y encontró equilibrio. Estaba de pie. Afianzó su postura, apartó con fuerza la escarcha que la había aplastado.

Entonces vio que no estaba sola: con ella había un montón de cuerpos como el suyo que su memoria no fijaba. Ningún ruido, ni un tabardillo, indicaban presencia de vida, pero se había separado de la nieve, viéndola a sus pies, extendida en montones, intentando anular aquellas vidas que habían caído bajo su manto, sin piedad y con descaro. ¡Era tan fácil caer y tan difícil andar! La mujer había logrado ponerse de pie y salir del derrumbamiento encontrando, al incorporarse, otras mujeres y hombres que intentaban salir de allí al igual que lo había hecho ella. La cámara, si se hubiera retirado, hubiese mostrado el daño originado por un pequeño alud sobre un grupo de personas. Las figuras

conquistaban el espacio contra el aire, rebañando su falta, y a ella le molestaba enormemente aquel sol que no permitía adaptarse; hubiera deseado la tibieza crepuscular para entornar los párpados, pero quizá sus extremidades no hubiesen colaborado si la noche hubiera cargado encima otra vez. El sol la calentaba y la aliviaba. También la obligaba a cerrar los ojos, ya llorosos de tanta impertinencia.

El sol de la montaña atacaba fuerte. Habría nevado esa noche. La bárcena seguía blanca, sin embargo, la distancia se acortaba, sus pasos la movían, los rostros sentidos se agolpaban bajo las carátulas y trasladaban a las figuras en ese baile dantesco de la supervivencia. A la mujer le parecía que las figuras se acercaban y era ella la que se desplazaba.

Los sonidos seguían ausentes, lo que le preocupaba sobremanera, y hundía los pies para volver a sacarlos del mismo modo que lo hacían algunas de aquellas siluetas. Había algo de profanación en marcar aquellas huellas en medio de tanta blancura, una manera de rebautizar aquello que había sido y dar una oportunidad al abrazo que llegaba con otra de las formas y, sin saber si gritaba o hablaba, fundió los brazos buscando calor, comprendiendo la necesidad humana del grupo en medio de una catástrofe que, por alguna razón, no quería volver a traer al presente. Hombres y mujeres se licenciaban contra el alud, su sonrisa se jactaba de la capacidad de salir de allí y levantarse, mirando el suelo debajo; pero necesitaba escuchar otra vez el sonido, las palabras, porque habían sido las palabras aquello

que ella había amado con todas sus fuerzas, lo había comprendido en ese momento: necesitaba las palabras porque las amaba.

Agudizó la escucha, volviendo a los primeros tiempos cuando un olor y un leve crujido significaban el alimento o el enfrentamiento, y el viento la recompensó con dulzura, haciendo caer aquel manto de su cabeza y dejando que los oídos volviesen a escuchar.

Las primeras palabras.

Los atributos de la mujer a la que miraba consistían en una risa nerviosa y una nariz irritada, y ella —que no podía sujetarse— la sostuvo mientras identificaba las ropas, educando el tiempo porque los trajes abrían las puertas de cada periodo de la historia, decían muchas cosas, el envase de otro ser humano y las razones para rebatirlos. El primer calor las tranquilizó a las dos, aunque ella no sabía qué veían los otros ojos.

No recordaba.

La mayor parte de hombres y mujeres atendían las órdenes de un tal Jamie, quien organizaba con voz baja y sin subir el tono, firme, sólido. Un palustre en un andamio de madera que se fijaba. Tenía el hombre el cabello castaño, salpicado de nieve, tan salpicado o más que la barba, los ojos grandes y tozudos, tanto que catalizaban cada palabra, y los cuerpos tirados parecían beber de su fuerza porque se iban levantando al sonido de sus órdenes, veloces y raudas, dejándose caer y parando, siguiendo algún dispositivo interno que comprendía el enorme esfuerzo que hacían piernas y brazos para coordinarse. El hombre se iba quitando

nieve de su propia cara. Le faltaba algo. Anne necesitó unos segundos para darse cuenta: le faltaba su chaqueta cruzada de amplias solapas, y su gorra.

El tal Jamie se dirigió a ella y la llamó Anne. No había duda, Anne era ella.

—¡Muévete, rápido, Anne! ¡Ayuda a los ancianos!

Sus ojos no admitían réplica, de modo que fue levantando figuras aceptando la voz que salía de la barba castaña, aquella voz que los iba agrupando en una garita, al abrigo y defensa de centinelas, porque Anne —ya sabía su propio nombre— intuía el peligro cercano y la labor de aquella voz para impedir un desastre. Ni siquiera sabía si el hombre tenía altura porque sus pies se iban hundiendo en la nieve, le caían unos pelos como flecos cuando se incorporaba sin piedad, sin detenerse, con los ojos llenos de chocolate en medio de una piara de hambrientos. Se acercaban a él, torpes, asustados, y él mantenía aquel tono de voz bajo, sin crear desasosiego y sin compadecerse de ninguno. Cuando los tuvo de pie, por un segundo, el chocolate brilló entre aquellos rayos de luz para, dos segundos después, borrar cualquier otra expresión perdida en aquella barba tostada.

Anne sabía que algo iba mal: las ropas que vestía indicaban pertenecer al servicio, sus palabras se tenían que haber dirigido primero a otro hombre, pero se dirigieron a ella pidiendo ayuda para los ancianos, y en medio de aquella algarabía humana que se desperezaba, aprendía a obedecer sin rechistar mientras luchaba no contra los pétreos trozos de carne o con los jirones de ropa de los que tiraba, sino contra ella misma.

Volvía a la realidad.

Miraba rostro tras rostro que levantaba con ahínco, miraba sus cejas, sus reacciones ante el frío, miraba la rabia como si la rabia fuese capaz de incorporarlos, capaz de anular tanto frío, como si la rabia lograse, a patadas o a mordiscos, apartar la nieve, la resignación, la indiferencia o la lucha entre el recuerdo de unos pasos que su memoria debía borrar, enterrar con aquel hueco que había dejado su estancia y su caída en la nieve. De hecho, cuando metió el cuerpo tibio de un muchacho de dieciséis años que había intentado salir del peso helado, lo hizo en un agujero que había hecho ella en aquel manto blanco. Dejó con el muchacho su dolor en el cadáver de un joven. Después, no tuvo más que mover las manos deprisa tapando la muerte.

Su velocidad ya era considerable porque enganchaba los paños gruesos o los brazos levantados escuchando nombres que antes había oído, veía parejas en la certeza de que habían sido consortes o lo eran o cohabitaban, tocaba huesos con piel fina, cuerpos poco alimentados, y los reunía como los escuadrones encima de un hielo resbaladizo que cedía ante las pisadas, el aguadero donde aquellas figuras forjaban su sueño, ya sin embozar; ninguno parecía temer el viento sino buscar aquellos rayos que derrocaban los temblores y, a su manera, a Anne le sugerían algo hermoso porque embosquecían un territorio de troncos y de sombras.

A Anne le gustaban también las sombras, apenas si se había percatado antes de su falta, de la importancia que tenían, de cómo guardaban y de lo difícil

que resultaba encubrir el dolor ante el sol. Acarreó con Jamie un par de cuerpos más, disolvió con fiereza los restos que la escarcha dejó en su piel y contestó las primeras preguntas en tanto que, acalorada, rechazaba los cabellos escapados del moño recogido y de la toquilla que cubría su cabeza.

Jamie no parecía pensar y, si lo hacía, era de forma veloz, actuando, moviéndose para organizar algún tipo de huida, y ella obedecía por unos minutos, con su traje de servicio porque ella también pertenecía al servicio, en tanto trataba de encajar a Jamie, el hombre que no sufría demasiado. No sabía el porqué, pero Anne así lo intuía. Llevaba sus pantalones, que no terminaban la pierna y de un solo botón, ajustados con una cuerda en la cintura. O estaba muy flaco o nadie le había cosido los pantalones del trabajo. También llevaba puestas sus botas de goma. Anne se acercó un instante a Jamie y preguntó:

—No les dejarás ni llorar a los suyos, ¿verdad?

—¡Tenemos que huir, no andar de conversaciones!

Su mirada amplió unos momentos las pupilas, los extraños

recipientes de unos ideales que saltaban en su expresión a su pesar.

—¿Y quién te ha nombrado jefe, Jamie, si puede haberse? —La irritación de Anne iba en aumento.

—En condiciones normales no me resisto a tus enfados, Anne, pero hemos perdido varias horas y el barco no nos va a esperar.

Entre tres hombres arrancaban los bajos de los faldones de las mujeres, colmados de agua, según Jamie un problema para la caminata y para secarse, y con aquellos andrajos y los paños que cubrían los pies trataron de disimular las enormes fosas. También servían los corsés femeninos para engañar los ojos de una cuadrilla de búsqueda. De un lado a otro movían los corsés de aquellas afortunadas que los poseían y la nieve olvidaba las pisadas. Unos corsés heredados de las señoras que habían acabado agitando la nieve para cubrir las huellas de sus pies.

La mayor parte de las féminas se quitaban los sombreritos y los alfileres prendedores. Acumulaban nieve. Otras, las que los portaban con lazada, se deshacían de aquellos lazos y dejaban también las capotas enterradas.

El cementerio surgido bajo el alud tardaría unas horas en mentir a los perseguidores.

Anne ignoraba su destino, no recordaba su pasado y tenía que someterse a las órdenes de aquel barbudo que prometía recompensas; aquello no la persuadía en absoluto. Había algo de Jamie, ese glorificarse en medio de la tragedia, esa ignorancia sobre el esfuerzo titánico que todos hacían, que ella no definía en ese momento. Lo situaba en medio de una plaza, deshilando promesas con un coro que para colmo creía en él, lo que la revolvía. Quiso meter nieve en su boca y callarlo de una vez, obligarlo a caer, verlo tendido con el mismo dolor que sentían las demás figuras que no habían logrado incorporarse, y supo que lo censuraba,

no sabía si por tanta fe o por tanta fuerza, o por tanta falta de piedad.

Dorothy, por su edad, exigía más atención, de modo que frotó sus piernas y movió consecutivamente los dedos de los pies tras aquellas burdas zapatillas. Dorothy dejaba que Anne la calentara. Tampoco podía encontrar la forma de arrancar los pies de allí.

Dorothy, Dot, Anne sabía que algo las vinculaba. Sentía simpatía por aquel difícil rostro de nariz aguileña y párpados caídos, sin conectar a Dorothy, tras la conmoción, en sus recuerdos.

La vieja Dorothy, la responsable del funcionamiento de la casa grande, no servía a sus rasgos porque no tenía astucia de zorro ni se remilgaba por su falta de carnes. Dorothy, casada con un italiano emigrado, se quedó en «la viuda del moreno» para la mayor parte de las mujeres. Y desde cualquier punto de vista, Dorothy iba más allá de su propia reputación: había logrado la jurisdicción de una casa de sesenta cámaras, vivía ajena al palabrear de mujeres del servicio y se aplicaba al funcionamiento de su entorno con devoción. Su carácter de cordero lechal se desdibujaba por sus duros trazos y hacía de madre improvisada para todas las nuevas doncellas que entraban en la casa. Dorothy sentía el dolor de aquellas chiquillas que dejaban pueblo y familia, las acogía, y las muchachas respondían trabajando con tesón. Con Anne, la niñera, sucedió que, dado el desconcierto que sintió por sus maneras, sus conocimientos y el trato a los tres hijos del conde cuando descansaba en

el campo, acabó convencida de que Anne era mucho más de lo que parecía.

Y la dejaba hacer. Con tranquilidad, se acercaba a la figura de Anne en detalles pequeños como el lavado del pelo con vinagre, o al entregarle ramos de camomila. Si veía a la muchacha derrumbada —y segura de que no compartiría sus motivos con las otras mujeres—, le ofrecía un brebaje inesperado: bajaba a los dominios de la cocinera y le daba una mistela de aguardiente y especias que el conde valoraba sobremanera. Dorothy mimaba a Anne, hacía de luciérnaga en su oscuro mundo, y por eso Anne sintió la necesidad natural de ayudar, aunque no pudiese recordar.

Dot, así la llamaban la mayor parte de las muchachas, no había aprendido nada en libros por falta de instrucción, pero había aprendido a leer de otra manera. Dot, al día siguiente de empezar a trabajar Anne, supo que Anne no era sino una tumba, uno de esos corazones que no olvidan. ¡Cómo ignoraba entonces Anne que Dorothy la había retratado! Dot había visto a las chicas abrir la puerta a los amores, las vio sin honor, conoció los derrumbamientos de las vírgenes y su inocencia, incluso intentó, con estudiada crueldad y hasta aceptar la imposibilidad, arrancar sus sentimientos.

Los orígenes del llanto, de la impureza, del yugo de aquellas chicas que esperaban el amor que no llegaría. Dot nunca terminó de meter en cintura sus corazones, lo que dieron no regresaría, y entonces fue cuando la propia Dorothy aceptó que en amor las mujeres eran muchachas, que ninguna palabra cambiaría un corazón

roto. El de Anne le preocupaba seriamente: lo había escondido para no sufrir.

Jamie, sujeto a otra pasión, las venganzas contra los dueños de la tierra —y un lugar nuevo donde hubiese un trozo de tierra para cada uno—, no ilusionaba a Dot. Una mañana, amablemente, le explicó a Jamie que no había una salida para romper todos los vínculos, que no quería hacerle daño, solo despertarlo. Jamie la acarició mirando con los ojos llenos de su verdad, sus iris azules y fue Dot la que despertó en un profundo pozo de tristeza. Y se atrevió a soñar, como Tom Cole, a soñar porque lo que verdaderamente le habían arrebatado desde muchacha habían sido los sueños. Algo se removió en la vieja Dot al comprender que no solo había entregado su vida para servir en la casa, sino también sus sueños. Por eso había seguido a Jamie.

Dorothy había alcanzado una edad considerable, los cincuenta años, que debían haberla alejado de sus quehaceres, pero —sin ovular— seguía siendo el seguro de aquella casa porque no había tarea que Dorothy, la magra señora de moño canoso, no afrontase con la dulzura de unos ojos azules.

Bien, pensó, había llegado el momento de que otra ocupase su puesto. Ella no se valoraba en su justa medida porque ninguna otra de la gran mansión se habría atrevido a hacer su tarea. Por eso Dot iba a la nieve, pero ¿por qué Anne?, se preguntaba Dot. La veía aplicada en sus piernas, agitándolas hasta volverlas a la vida, y se preguntaba igualmente por qué Anne los había acompañado. Ella no encajaba en su mundo. Lo